

PELEGRINI, UN SIGLO DESPUÉS

Apreciación en el centenario de su muerte, el 17 de julio de 1906

CRISTIÁN GARCÍA GODOY

It was said of Chatham [William Pitt the Younger] that his countrymen were so conscious of what they owed to him that they did not want to hear about his faults.

Resumen:

A un siglo de distancia, la dimensión patricia de Carlos Pellegrini se agiganta. Contribuyen a ello no sólo sus acciones como primer magistrado, sino también los hechos y circunstancias que han configurado el perfil del país en esta centuria que ha visto crecer la población, transformarse sus instituciones, reformarse varias veces la Constitución y buscarse resoluciones a los muy diversos problemas nacionales, tanto por la vía constitucional cuanto por la apelación a instancias extralegales. Si tal perspectiva fuera correcta, Pellegrini se nos aparecería como uno de los cinco presidentes que fueron, asimismo, estadistas; es decir mandatarios que poseyeron una visión de largo plazo, una capacidad para decidir con acierto las medidas a adoptar y una fortaleza de ánimo que les ayudó a preocuparse por el bienestar general y no por los intereses partidistas. A todo esto habría que agregar que Pellegrini enfrentó la realidad provisto de una muy clara percepción de cómo realizar, con rapidez, lo que era necesario, o hacerlo posible con intrépida decisión. Y cuando llegue la hora de escribir la historia de la transformación de la República por la gran reforma electoral de comienzos del siglo XX, la ausencia del visionario Carlos Pellegrini se revelará como la más decisiva tragedia de nuestra vida política, ya que su muerte –acaecida cerca de un lustro antes– le impidió hacer su contribución a tan decisiva legislación.

Palabras clave: Carlos Pellegrini, estadista.

Abstract:

A century later, the patrician figure of Carlos Pellegrini becomes larger, not only by the contribution of his actions as President, but also due to the events and circumstances that characterized the country prolife during that century, when population grew, institutions changed, the Constitution was amended several times and solutions to the very different national problems were sought through both constitutional and extra-legal means. If such perspective is right, Pellegrini will

appear to us as one of the five Presidents that were, at the same time, statesmen, that is, presidents that had a long term vision of reality and prospects, the capacity to rightfully decide on the measures to be adopted and the strength of spirits that helped him to get involved and look for the general wellbeing and not for partisans' interests. In addition, Pellegrini faced reality with a very clear idea of how to tackle problems speedily, doing whatever was necessary, or doing it possible with daring decision. And when time arrives to write the history of the transformation of the Nation due to the huge electoral Carlos Pellegrini will appear as the most determining tragedy in the political life of our country, as his death –occurred approximately five years before– prevented him from doing a major and decisive contribution to electoral legislation.

Key words: Carlos Pellegrini, statesman.

A un siglo de distancia, la dimensión patricia de Carlos Pellegrini se agiganta. Contribuyen a ello no sólo sus acciones como primer magistrado, sino también los hechos y circunstancias que han configurado el perfil político, económico-social y cultural del país en esta centuria que ha visto crecer la población, transformarse sus instituciones, reformarse varias veces la Constitución y buscar resoluciones a los muy diversos problemas nacionales, tanto por la vía constitucional cuanto por la apelación a instancias extralegales. Si esta perspectiva fuera correcta, Pellegrini se nos aparecería como uno de los cinco presidentes que fueron, asimismo, estadistas; es decir, mandatarios que poseyeron una visión de largo plazo, una capacidad para decidir con acierto las medidas a adoptar y una fortaleza de ánimo que les ayudó a preocuparse por el bienestar general y no por los intereses partidistas. Si a todo esto se agregara el hecho, por lo general olvidado, de que su presidencia fue breve, casi diría muy breve, el resultado sería que Pellegrini enfrentó la realidad provisto de una muy clara percepción de cómo realizar, con rapidez, lo que era necesario, o hacerlo posible con intrépida decisión. Así, entre lo que Ricardo Rojas llamó la *inteligente concordia del estadista*¹ y el piloto de tormenta, como lo reconoció su tiempo, la República recibió definitivos impulsos que le permitieron recuperarse, reencauzarse y adentrarse en una nueva etapa, cuando ya se vislumbraba la inevitabilidad de la reforma electoral que cambiaría para siempre la forma de expresión de la voluntad popular, y el acceso a la función y el servicio público de una nueva gama de hombres provenientes de muy distintos estamentos económico-sociales y con muy disímiles experiencias vitales.

¹ RICARDO ROJAS, *Pellegrini*, Conferencia, Imprenta Coni, Buenos Aires, 1921, p. 8.

El pensamiento en acción que fue Pellegrini² se concretó tanto cuando cortó nudos, como cuando fueron desanudados, según testimonio de quien lo conoció de cerca y lo trató con frecuencia; tanto que recibió de él mismo el encargo siguiente: "Ya podrá usted alguna vez decir que Pellegrini sabe cortar nudos, pero que también, cuando se propone, sabe desanudarlos..."³.

Así, aquel personaje de *Juvenilia*, aquel guerrero del Paraguay, aquel enamorado del litoral entrerriano y correntino, un buen día fue senador, más tarde ministro y luego vicepresidente, y en la gran de crisis del noventa, asumió una presidencia al mismo tiempo victoriosa y tambaleante, para entrar en el panteón de los argentinos que construyeron la República. En suma, fue quien compartió con el general Roca la jefatura del Partido Autonomista Nacional durante la época de "...mayor progreso que haya tenido la República..."⁴; fue quien inauguró el primer dique de Buenos Aires, fundó sobre el crédito de su palabra el capital del Banco de la Nación Argentina, y el que, creando la Caja de Conversión, estabilizó nuestra moneda y enjauló el agio⁵.

Pensador que discernía y creaba⁶, no estuvo mal que se lo comparara con Teddy Roosevelt, o con Lloyd George, aunque sin perder en la comparación la impronta de la raza moldeada por la inmigración inglesa, italiana y francesa que hervía en su sangre. Pudo así revivir en sus *Memorias de 30 años después*, refiriéndose al famoso Paso de la Patria, que fue allí

donde los gauchos porteños, mandados por ese gallardo, ingenuo y bravo coronel Conesa, recibieron su bautismo de fuego... [y también allí donde] embarcó el simpático Osorio su división, que debía ser la primera en pisar el territorio paraguayo, cruzando el río en pleno día, frente al enemigo⁷.

Empero, también pudo afirmar con sencilla entereza que

no está aún escrita la historia de esa guerra. Ella vendrá algún día a excusar, o justificar tal vez, faltas u omisiones que nos llevaron a esos campos de batalla

² ROJAS, ob. cit., p. 9.

³ ROJAS, ob. cit., p. 14.

⁴ ROJAS, ob. cit., p. 21.

⁵ ROJAS, ob. cit., pp. 21-22.

⁶ ROJAS, ob. cit., p. 22.

⁷ *Pellegrini 1846-1906*. Compilación y notas, en cinco volúmenes, por AGUSTÍN RIVERO ASTENGO, Obras, vol. III, Imprenta Coni, Buenos Aires, 1941, p. 266.

que nada grande ni fecundo produjeron, pues sólo nos han enajenado la amistad de un pueblo tan vinculado a nuestra vida, y que sufre aún de las heridas casi mortales que de nuestras manos recibió⁸.

Pudo así admitir, cuando la revolución del '93 durante la presidencia de Luis Sáenz Peña, que alguien podría deplorar

que no hayan sido derribados... los catorce gobiernos de provincia y reemplazados por otras tantas juntas revolucionarias que pusieran en práctica, con *juvenil candor*, [énfasis del A.] las nobles aspiraciones de la primera edad... Por mi parte, y creo que conmigo la inmensa mayoría, preferirá que sean ciudadanos como don Eduardo Olivera quienes presidan la reconstrucción de autoridades legales... Respetemos las debilidades ajenas y esperemos que los hombres y las cosas recuperen su estado normal⁹.

Este manifiesto, según su biógrafo Rivero Astengo, le permitió a Pellegrini, al estar "...a favor de las reformas pacíficas y graduales...", malbaratar con "...su dinamismo avasallador, la influencia de su personalidad política y sus altas y sanas inspiraciones... los planes revolucionarios...", pero al precio, muy alto por cierto, de perder "...muchas viejas amistades..., [y] sacrificar íntimos afectos...". Empero, concluye Rivero Astengo, "...el país salió del caos merced al empuje de su carácter y a su clara visión de estadista..."¹⁰.

Pero no sólo fue capaz de resolver entuertos; también tuvo la entereza de propiciar en el '97 una candidatura que juveniles opositores rechazaban. Dijo así, dirigiéndose a sus jóvenes amigos:

Yo creo que un hombre a quien le ha tocado en suerte prestar tal servicio a su país, merece la consideración pública, y no sé hasta qué punto, jóvenes que sin duda encierran brillantes esperanzas, que espero cuajen fruto, pero que hasta ahora no han sido útiles a su país, puedan... con derecho levantar su voz airada para desconocer esos servicios y agraviar a su autor¹¹.

⁸ Pellegrini..., cit., vol. III, pp. 271-272.

⁹ Rojas, ob. cit., p. 26.

¹⁰ Pellegrini..., cit., vol. III, p. 245.

¹¹ Pellegrini..., cit., vol. II, p. 459.

¡Reflexione el lector acerca de cuántas veces en nuestra vida política la demagogia ha buscado atraer a la juventud sin experiencia, en desmedro de personalidades acreditadas! En esta ocasión, Pellegrini propiciaba a Julio A. Roca como candidato, por segunda vez y con el intervalo constitucional, a la primera magistratura de la República; tal como ocurrió al hacerse cargo el 12 de octubre del '98. Aún podría agregarse que cuando fue criticado hasta por amigos y partidarios por no aspirar nuevamente a la presidencia, Pellegrini dio esta formidable respuesta: "...¿Cuándo he hecho yo lo que me ha convenido y no lo que me ha parecido bien?"¹².

Ah, qué lecciones encierra la vida de este caballero andante que, aunque con escaso arraigo genealógico con la historia y la trayectoria de la República, supo encarnar el ideal arquetípico del argentino. Y nada menos que Zeballos, en 1899 y desde la *Revista* que dirigía pudo, clarívidentemente, escribir lo siguiente:

Olvidan que Pellegrini es el más humano de nuestros hombres públicos y conceda o niegue, se sacrifique o se elimine, dé o agradezca, acompañe y defienda, es todo claridad y no engaña nunca. Sabe dónde va y va derechamente. Nada lo detiene una vez resuelto; ni el peligro, ni el clamor de las oposiciones, ni la fuerza desproporcionada del adversario, ni la revolución misma.

Cuando no pesan sobre él las responsabilidades directas del mando, pero peligran en otras manos las instituciones, tendencias y partidos, siempre llega él a tiempo para reanimar a los dispersos entre la confusión y el pánico, y, a veces, entre las balas de la guerra civil... Ha salvado... dos veces a la República de la anarquía y odios prolongados y sangrientos¹³.

Con todo, tengo para mí que el tiempo transcurrido nos permite, ahora, valorar como quizá su obra más visionaria y duradera, la fundación del Banco de la Nación Argentina [en el que, recuerdo con emoción, alguna vez trabajé] nacido a la vida cuando el entonces existente Banco Nacional no podía "...llenar ya los fines de su institución... (y debía) forzosamente liquidarse..."¹⁴. Por ello, fueron las palabras de Pellegrini al instalar su primer directorio las que debemos recordar, ya que en su brevedad campea una convicción, y en su serenidad una anticipación de servicio a la comunidad:

¹² Pellegrini..., cit., vol. II, pp. 460-461.

¹³ Pellegrini..., cit., vol. II, p. 461.

¹⁴ Pellegrini..., cit., vol. V, p. 242.

Tengo fe en su destino... puedo asegurarnos que la opinión verdadera de la República y su capital es favorable a la nueva institución... Este Banco no se funda para atender necesidades del erario... no se funda en interés político alguno... Este Banco se funda únicamente en servicio de la industria y del comercio...

Si alguna recomendación pudiera hacerlos, sería a favor de un gremio que no ha merecido, hasta hoy, gran favor en los establecimientos de crédito, y que es, sin embargo, digno del mayor interés...

La ley que organiza este Banco os da autonomía completa... Hago votos porque ese porvenir supere todas las esperanzas¹⁵.

Si hasta supo describir su personal situación cuando escribía a un amigo viudo que residía en Europa esta intencionada observación: “¡Veo que aun introduces entre tus sábanas estatuas mórbidas y te quejas! ¡Qué diré yo a quien solo resta en la tierra discutir finanzas!”¹⁶; y también, entretanto, aceptó con elegante resignación las caricaturas políticas, que no siempre lo favorecían, antes bien satirizaban su figura desgarbada, sus entrechos políticos y hasta sus aciertos; véase si no en 1897, cuando los encontronazos por el problema de la unificación de la deuda, *Caras y Caretas* lo mostró en el suelo, al lado de un imponente soldado que figuraba el estado de sitio, con este estribillo: “Al uno levantáronlo al instante; pero al otro no hay dios que lo levante” (3-8-1901). En otra, lo presentó como ególatra en un diálogo con Tornquist: “Desengaña-te, Ernesto, allí no hay más que dos hombres capaces de salvar la situación: el uno eres tú, y el otro..., está mal que yo lo diga” (15-9-1900). A su vez, el genial Columba le dedicó varias caricaturas, siempre limpiamente expresadas, como una en que aparece gigantesco, al lado de un esmirriado pero bigotudo Palacios, con el siguiente comentario: “Hacíamos, al salir, un contraste poco armónico, confiesa Palacios”¹⁷.

Con la perspectiva de un siglo desde su fallecimiento, ¿cómo ha sido apreciada hasta hoy la figura de Pellegrini durante este centenio? Joaquín de Vedia, quien lo conoció y trató *personalmente*, recordó —en su *Como los vi yo*— que el

¹⁵ Pellegrini..., cit., vol. V, pp. 97-99.

¹⁶ Pellegrini..., ob. cit., vol. II, p. 467.

¹⁷ RAMÓN COLUMBA, *El Congreso que yo he visto*, vol. I, Gleizer, Buenos Aires, 1978, p. 133. Otra, en tapa y en p. 18. Para un panorama, véase *La caricatura en la Argentina*, Eudeba, Buenos Aires, 1960, aunque en ella inexplicablemente no aparece Pellegrini. Numerosas ediciones de *Caras y Caretas* de la época contienen notables caricaturas de Pellegrini y del general Roca.

ingeniero Carlos E. Pellegrini había aludido a su hijo como "...joven y vehemente..."¹⁸, y como testigo resumió su carrera de diputado por Buenos Aires (1874/1878), su ministerio de Guerra y Marina (como sucesor del general Roca) en la presidencia de Avellaneda (1879), su candidatura a la vicepresidencia y la obtención de un mayor número de votos que el doctor Juárez Celman¹⁹, que cuando asumió la presidencia (1890) designó ministro del Interior al general Roca, ministro de Guerra al general Levalle y que en el poder "... había hecho frente a la más pavorosa de las crisis financieras sufridas por la República..." y que más tarde había dado su apoyo y sostén a la "...bamboleante [presidencia] de Luis Sáenz Peña²⁰, y que el propio Mitre, acompañándolo al abandonar el poder en medio "...de amigos entusiastas...", había comentado que "...resueltamente, es condición de este pueblo estar con los que se van"²¹. En suma, de Vedia dejó escrito que no había visto orador "...más dueño de sus brazos, de sus puños, de sus manos, de sus actitudes, ora cuando echaba el cuerpo hacia adelante, recogiendo bajo la banca una de sus largas piernas, mientras tocaba con la rodilla de la otra el respaldo de la banca de enfrente, y así, en una línea sesgada, se encaraba con la presidencia..." de la cámara; es más, recuerda su "...admirable y noble sencillez [celebrando] con franca risa una chuscada de su frecuente adversario, el ministro Civit..." o una "...suave ironía de don Bernardo de Irigoyen..."²².

A su turno, Rivero Astengo, su biógrafo y compilador más acendrado, pudo describirlo como

elástico como un atleta, alto y huesudo, gustaba pasar desafiante y arriesgado entre el tumulto hostil. Era un carácter que vivía de sus propias fuerzas; no necesitaba de lo circundante para sus tomas de energía. Sus grandes ojos acedados, resumen de su ascendencia británica, cambiaban como el mar. Miraba con severidad enfilando el escuadrón de sus cejas y la voz vibrante y enérgica delataba su potente personalidad.

¹⁸ JOAQUÍN DE VEDIA, *Como los vi yo*, precedida de una elogiosa carta de Leopoldo Lugones, Gleizer, Buenos Aires, 1954, p. 114.

¹⁹ VEDIA, ob. cit., p. 115.

²⁰ VEDIA, ob. cit., p. 115.

²¹ VEDIA, ob. cit., p. 116.

²² VEDIA, ob. cit., pp. 120-121.

Groussac, que le endilgó el epíteto de “ogro”, debió modificarlo por el de “singular atropellador”²³. No obstante, aquel señala que “...en sus horas de calma leía a escritores franceses e ingleses. Éranle familiares Shakespeare, Byron, Carlyle, Swindburne. Alternaba estas lecturas con tratados de finanza y derecho...”²⁴.

Cuando se cumplió el 150º aniversario de su nacimiento (1996), Gelly y Obes, en la que fue residencia de doña Concepción Unzué de Casares, hoy sede del Jockey Club, lo describió como conjugando “...en su personalidad la energía vigorosa de un hombre cabal, con la sensibilidad de un espíritu solidario con la sociedad en que vivió...”²⁵, en tanto el dedicado historiador Zorraquín Becú lo evocó como alguien que “...recuperaba su sangre fría cuando los demás la perdían...”, y cuya promesa de respetar “...la libertad de sufragio [había] llevado a la Cámara de Senadores a sus adversarios políticos Aristóbulo del Valle y Leandro N. Alem...”; este último propiciador de enlutar “...con negros crespones los balcones de los comités alemnistas...” durante su presidencia²⁶. En fin, para Natalio Botana, en la misma ocasión, Pellegrini fue quien “...dejó en la política argentina... el rotundo gesto de la generosidad...”²⁷, en tanto Miguel Ángel Cárcano, al estudiar su presidencia, no pudo menos que describirlo como “...sin las contradicciones y vanidades de Sarmiento, era menos egoísta que Roca, más equilibrado que Del Valle, y menos trascendental que Mitre. Representaba un tipo de político diferente a sus contemporáneos...”²⁸.

Nos quedaría decir algo sobre la política exterior de su breve, pero fructífera presidencia; por tanto acudiremos a Luis Santiago Sanz para que nos interne en este olvidado aspecto “...que resulta imprescindible para completar su dimensión como estadista...”²⁹. Comienza este especializado académico recordando que aunque por más de diecinueve años Mariano A. Pelliza –diplomático e historiador– había sido el subsecretario, para el cargo titular el nuevo presidente designó a Eduardo Costa –epicúreo, pródigo y célibe

²³ AGUSTÍN RIVERO ASTENGO, *Hombres de la organización nacional*, Segunda serie, Jockey Club, Buenos Aires, 1937, p. 16.

²⁴ RIVERO ASTENGO, ob. cit., p. 19.

²⁵ “Homenaje a Carlos Pellegrini en el 150º aniversario de su nacimiento, 1846/1996”, Jockey Club, Buenos Aires, 1997, p. 15.

²⁶ “Homenaje...”, cit., pp. 21 y 23.

²⁷ “Homenaje...”, cit., p. 33.

²⁸ MIGUEL ÁNGEL CÁRCANO, *La presidencia de Carlos Pellegrini*, Eudeba, Buenos Aires, 1971, p. 27.

²⁹ LUIS SANTIAGO SANZ, *La política exterior durante la presidencia de Pellegrini*, Jockey Club, Buenos Aires, 1996, p. 12.

pertinaz—, quien le traía el apoyo político del mitrismo. Con su ayuda inició una gestión que, signada por problemas financieros, lo llevaron a suprimir legaciones en Portugal, Bélgica, Austria-Hungría, Suiza y México³⁰. Empero, esta última decisión coincidió con la primera designación por México de un ministro plenipotenciario, así que hubo de atenderse la situación diplomática creada, encomendando a nuestro plenipotenciario en Washington, Vicente G. Quesada, que concurrentemente nos representara en la capital azteca ante el gobierno de Porfirio Díaz³¹.

En el caso de la guerra civil en Chile (sublevación de la flota y formación de una Junta Revolucionaria en Iquique) durante el gobierno de José Manuel Balmaceda, Pellegrini debió afrontar tensas situaciones diplomáticas; entre ellas y la más grave, la sorpresiva entrada a territorio argentino de tropas chilenas y de prisioneros; unas al mando del coronel Stephens, otras bajo el comando del coronel Camus, y hasta grupos de hombres dirigidos por Darío Rissopatrón, el intendente de Atacama.

La inmediata reacción de nuestro presidente fue ordenar la detención de la columna, el desarme de sus tropas y la solicitud de reparaciones al gobierno de Balmaceda (1886/1891). El ministro de Relaciones Exteriores de éste, Ricardo Cruza, informó al nuestro sobre la liberación de los prisioneros políticos y la entrega de las armas, pero con respecto a las tropas de Camus expresó que no irían a la parte territorial dominada por los rebeldes. Aquello ocurrió en Mendoza, desde donde algunos soldados regresaron a Chile.

Producida la posterior caída de Balmaceda, éste pidió y obtuvo asilo en la legación argentina, cuando coincidentemente así lo pedía Manuel Zañartu, a cargo de aquel ministerio. Entretanto, crecían las manifestaciones populares y en la mañana del 19 de septiembre, el ex presidente Balmaceda se suicidó, no sin antes dejar una carta dirigida al ministro argentino José Evaristo Uriburu. Comprobado el suicidio por diplomáticos del Uruguay, Alemania y el Brasil, y por el decano de la Facultad de Medicina de Chile, J. Joaquín Aguirre, todos invitados por el ministro Uriburu a concurrir a la sede de la legación argentina, sus restos fueron inhumados sin incidente alguno. Posteriormente, el gobierno de Pellegrini reconoció al nuevo gobierno de Chile presidido por Jorge Montt, quien estaba al frente de la Junta de Gobierno revolucionaria³². Aunque otros acacimientos diplomáticos tuvieron lugar durante la presidencia de Pellegrini —extensamente analizados por el embajador Sanz—, el resumen de ellos exce-

³⁰ SANZ, ob. cit., p. 22.

³¹ SANZ, ob. cit., p. 22.

³² SANZ, ob. cit., pp. 24-40.

dería la intención de este ensayo; por tanto, lo ofrecido bastaría para dar idea de la conducta internacional de Pellegrini³³.

En cuanto a la relación con el Congreso, debe citarse como revelador índice que de los mil trescientos diez vetos ocurridos entre 1862 y 1985, sólo uno correspondió al presidente Pellegrini; es más, este fue objeto de insistencia legislativa³⁴.

La imagen de Pellegrini como estadista de largas vistas y profunda comprensión de nuestro pueblo, puede redondearse incluyendo en este ensayo su percepción acerca de cómo el *argentino* de su tiempo (y quizás aún el de ahora) visualizaba a Estados Unidos por aquel año 1904 en que por segunda vez lo visitaba:

Para un argentino que viaja por Estados Unidos, todo lo que ve y observa provoca inmediatamente un juicio comparativo entre este pueblo y el nuestro. Es que estamos examinando lo que reputamos nuestro modelo; es que nuestro ideal nacional es ser mañana lo que este pueblo es hoy, y ocupar algún día, en el planeta, la situación que él ha conquistado ya; e instintivamente examinamos en todas sus manifestaciones de progreso y de grandeza el medio y forma en que se ha realizado, para fijar la distancia que nos separa aún de nuestro ideal, las causas de nuestro retardo, y los medios y modos de reaccionar, para acercarnos con la mayor rapidez al fin anhelado³⁵.

También, recordando que escribió acerca de la necesidad de moralidad cívica mediante instituciones democráticas que vio en funcionamiento en el gran país del norte, y aún que auguró una organización del trabajo estructurada en la asociación jurídica de patrones y obreros, todavía pendiente entre nosotros. En suma, pudo creer y decirlo, que

³³ SANZ, ob. cit., ofrece un extenso tratamiento del tema.

³⁴ N. GUILLERMO MOLINELLI, *Presidentes y congresos en Argentina: mitos y realidades*. G. E. Latinoamericano, Buenos Aires, 1991, pp. 221-222, 227 y 229.

³⁵ PELLEGRINI, ob. cit., vol. III, pp. 423-424 y CRISTIÁN GARCÍA GODOY, *Los XII presidentes (1850/1910)*, Full Life/Vida Plena, Buenos Aires-Washington, 1999, pp. 44-58, en donde se lo ubica como quien logró el reencauzamiento político y el ordenamiento económico del país. Incluye la reproducción de una bella medalla de la colección numismática del académico J. Eduardo de Cara.

la reforma económica era un problema de educación obrera; el progreso democrático, un problema de emancipación económica; y ambos, el necesario rescate de la civilización en peligro³⁶.

A manera de conclusión, afirmaré que aun cuando mucho más podría decirse, analizarse y razonarse en relación con la vida y la gestión pública de uno de los cinco grandes estadistas –con Roca, Alvear, Justo y Frondizi– que ocuparon la primera magistratura del país, con lo presentado sería suficiente para dignamente honrar el centenario de su muerte. Empero, no podría cerrar este ensayo sin incluir el pensamiento y la admonición que Pellegrini hizo a la juventud en 1900, cuando les dijo:

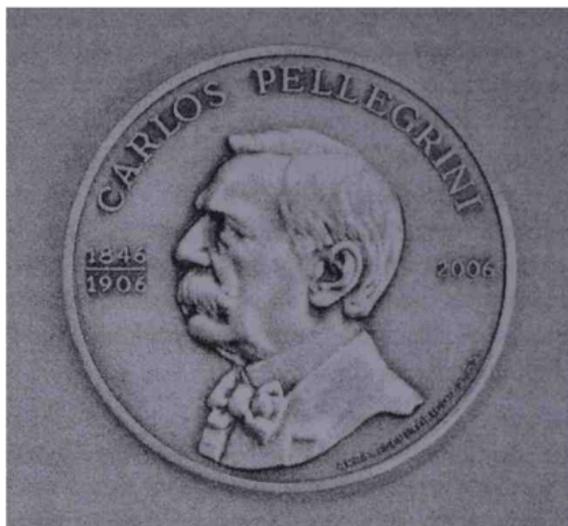
¿Dónde está la juventud llamada a ocupar, un día muy próximo, los comandos superiores? Se pasea en torno la mirada ansiosa y no se ve una sola frente que sobresalga y brille iluminada por la luz del porvenir... ¿Es indolencia o impotencia?... Incapaz de un esfuerzo seguido, el trabajo y movimiento le producen malestar y siente por ellos despego... Espera, más bien, que la Providencia, en alguna forma humana, descienda hasta ella y le brinde sus favores... Sabemos que se ha dicho que esos jóvenes han renunciado al esfuerzo, porque éste es inútil cuando fuerzas, hábitos y tradiciones cierran el paso a las aspiraciones independientes... Es falso, falsísimo; simple excusa para la propia conciencia... La prensa, la tribuna, la reunión política, todas las escenas en que la juventud puede ensayar sus fuerzas y adiestrarlas para el gran combate, están abiertas en esta Capital, libre y ampliamente abiertas... Si se ven abandonadas esas pistas por las nuevas generaciones, es porque éstas, sin anhelos y sin aspiraciones, solo ven en los fáciles placeres el objeto de su vida³⁷.

Y aunque Miguel Cané reaccionó ante la falta de eco que tuvo el mensaje de Pellegrini, la verdad histórica es que poco más de una década después llegó la gran reforma electoral, aunque esta –sin proponérselo– creó oportunidades para que, desaprensivamente, el populismo y la demagogia en insistentes marchas y contramarchas se fueran enseñoreando en la República, con resultados que hasta el presente intermitentemente nos han acongojado³⁸. Por ello tengo para mí que cuando llegue la hora –más pronto que más tarde– de escribir la

³⁶ ROJAS, ob. cit., p. 26.

³⁷ PELLEGRINI, ob. cit., vol. V, pp. 446-448.

³⁸ PELLEGRINI, ob. cit., vol. V, pp. 448-455.



**Medalla acuñada
por la Academia Nacional de la Historia en el año 2006 (Anverso)**



**Medalla acuñada
por la Academia Nacional de la Historia en el año 2006 (Reverso)**

historia de la transformación de la República por la gran reforma electoral de comienzos del siglo XX, la ausencia del visionario pensamiento, de la personalidad y temperamento político, y de la conducta pública de Carlos Pellegrini se revelarán como la más decisiva tragedia de nuestra vida política, ya que su muerte –acaecida cerca de un lustro antes– le impidió hacer su contribución a tan decisiva legislación.